

La Capilla de Santa Tecla en la S. I. C. B. M. de Burgos

SEGUNDO CENTENARIO

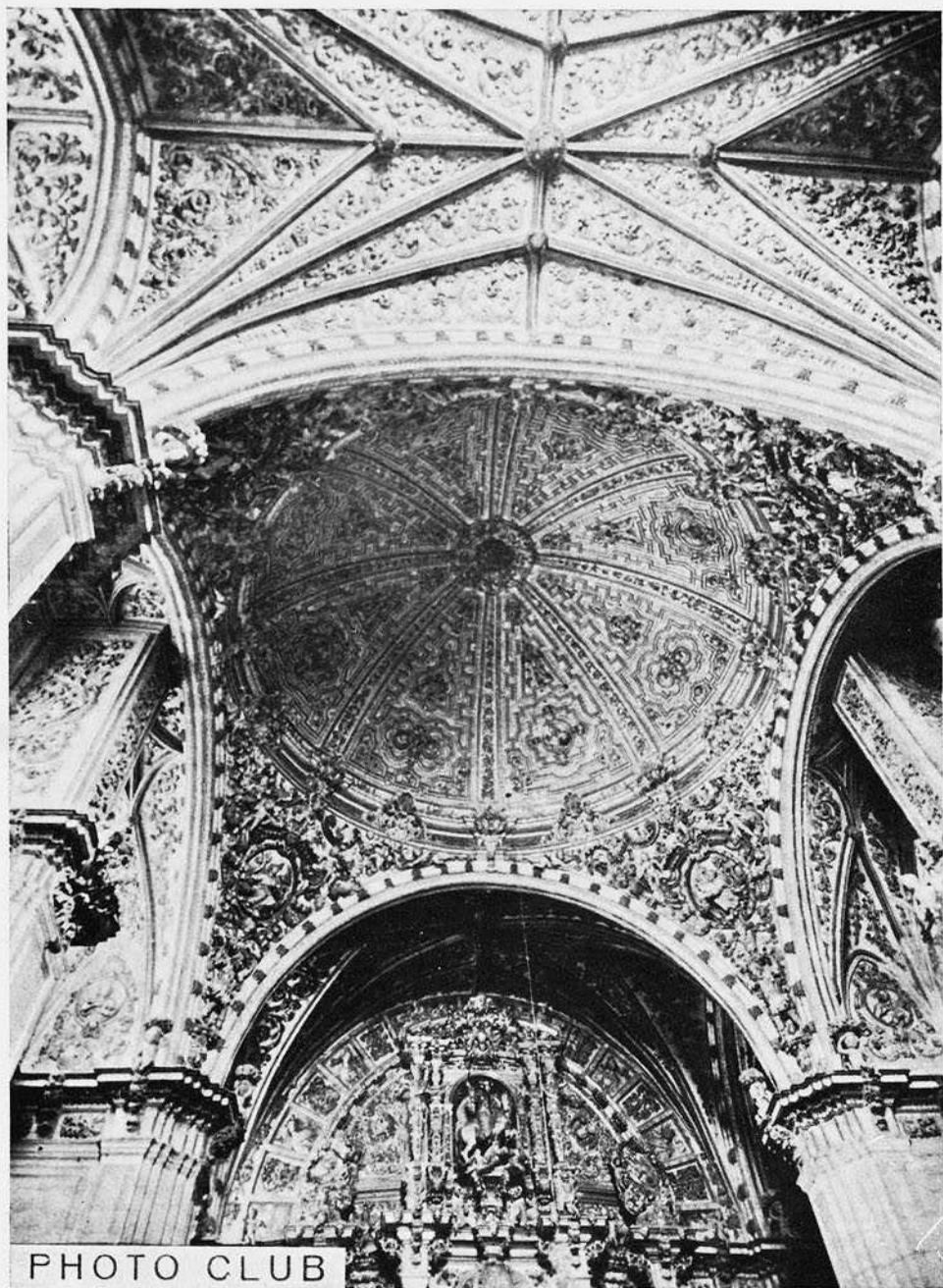
(1736-1936)

En 20 de Julio de 1221 las dos figuras prominentes, D. Fernando III el Santo y el obispo D. Mauricio pusieron la primera piedra de nuestra incomparable catedral, y tal fué el brioso empuje que supieron dar a su labor que ya en 1239 se celebraban los cultos en ella, aunque faltaban muchos detalles que perfilar y que no se completaron hasta después de varios siglos. Empresa de alta envergadura, superior a las posibilidades de una generación era la fábrica de esta Iglesia; por ello varias fueron las que aportaron su esfuerzo, imprimiendo cada una trazas de su paso por las obras. Mas esto, lejos de producir en ella una aglomeración inarmónica de estilos, hecho con feliz eclecticismo y en discreta selección, produce, dentro de la ponderada variedad un todo homogéneo y hermoso, que es lo que constituye el mérito principal de la catedral burgalesa.

Durante las cuatro primeras centurias dominó el gótico como señor absoluto en la construcción de la catedral. Había comenzado por el primitivo, discreto y humilde, de él pasó al medio, ecuánime y mesurado, luego se recarga evolucionando hacia el gótico florido para desembocar por último, pagando su tributo a la feble naturaleza de los seres creados, en el decadente, y así morir, como en un bello lecho de rosas, en la capilla del Condestable con la fastuosidad y refinamiento que son obligado cortejo de todas las decadencias.

El Renacimiento también entró aquí. El nuevo estilo hizo sus primeros ensayos en la Puerta de Pellejería, prosigue su labor en la monumental escalera de Coronería y culmina en el Crucero, suntuosa diadema de la catedral, que concuerda admirablemente con las vaporosas filigranas de las góticas agujas.

Con estas construcciones termina el ciclo de lo que pudiéramos llamar obras fundamentales de la catedral; pero aún continúa el arte aportando variado acerbo de estilos arquitectónicos. En el siglo XVII se construye la capilla de San Enrique, de muy bellas proporciones, mas decorada con exhuberancia pagó su tributo al defectuoso



Capilla de Santa Tecla.—Cúpula y Bóvedas

criterio de una época en la que se daba más importancia a los materiales que al arte.

Y llegó el siglo XVIII, el de las alambicadas concepciones, que repone la fuente de belleza en descubrir geniales puntos de semejanza entre las ideas más opuestas y sutiles contrastes entre las más semejantes, infiltrando su espíritu en Burgos; y desde entonces el barroco, cuya geografía no reconoce límites en España, tiene su representación en la Catedral, comenzando por la capilla de Sta. Tecla, ejemplar hermoso y desconcertante por los artificiosos retorcimientos de una delirante fantasía que pagaba con lealtad el obligado tributo el gusto de la época, y de la cual celebramos en este año de gracia de 1936, el segundo centenario de su erección.

Varia es la crítica que sobre la obra se viene haciendo. Aunque construída en momentos en que el arte patrio se sentía tributario de la imperante decadencia, no se puede negar que en sus líneas generales conserva, y no sin cierta nitidez, las tradiciones de Herrera, y que en ellas el estilo churrigueresco, no queriendo desentonar en ambiente de severa majestad, como es la Catedral burgalesa, ciñó su habitual desbordada fantasía, apareciendo con una ponderación y medida no acostumbradas en otras partes. En resumen, podemos clasificar esta capilla como un ejemplar del barroco típicamente español. El espíritu nacional se sentía poco entusiasmado por las tendencias clásicas, con sus formas de expresión sencillas, puras, elevadas. El afán por la riqueza decorativa y la sensibilidad naturalística constituyen dos de sus cualidades congénitas. El plateresco, matizando el Renacimiento, es un estilo que se caracteriza por el extraordinario adorno, y el mudéjar con análogo criterio mantiene vivo el elemento árabe en la decoración de superficies; y así ambos son los pródromos nacionales del barroco hispánico, que en su tono específicamente racial continuó las tendencias anteriores, y desarrolló intensas fuerzas creadoras en el sentido ornamental.

En Sta. Tecla, además, vemos encauzado dentro de formas barrocas todo el instinto decorativo reflejado en la Catedral burgalesa a través del gótico, del renacimiento, del mudéjar y aun en el clasicista, mediante viva formas plásticas, graves y austeras, ponderadas y ecuanímes, a pesar de su riqueza, hijas de la aristocracia espiritual propia de la raza.

I

LA CAPILLA ACTUAL

Apenas franqueamos la Puerta Principal, o del Perdón, pasando desde el trascoro a nuestra mano izquierda, bajo la arcada que sos-

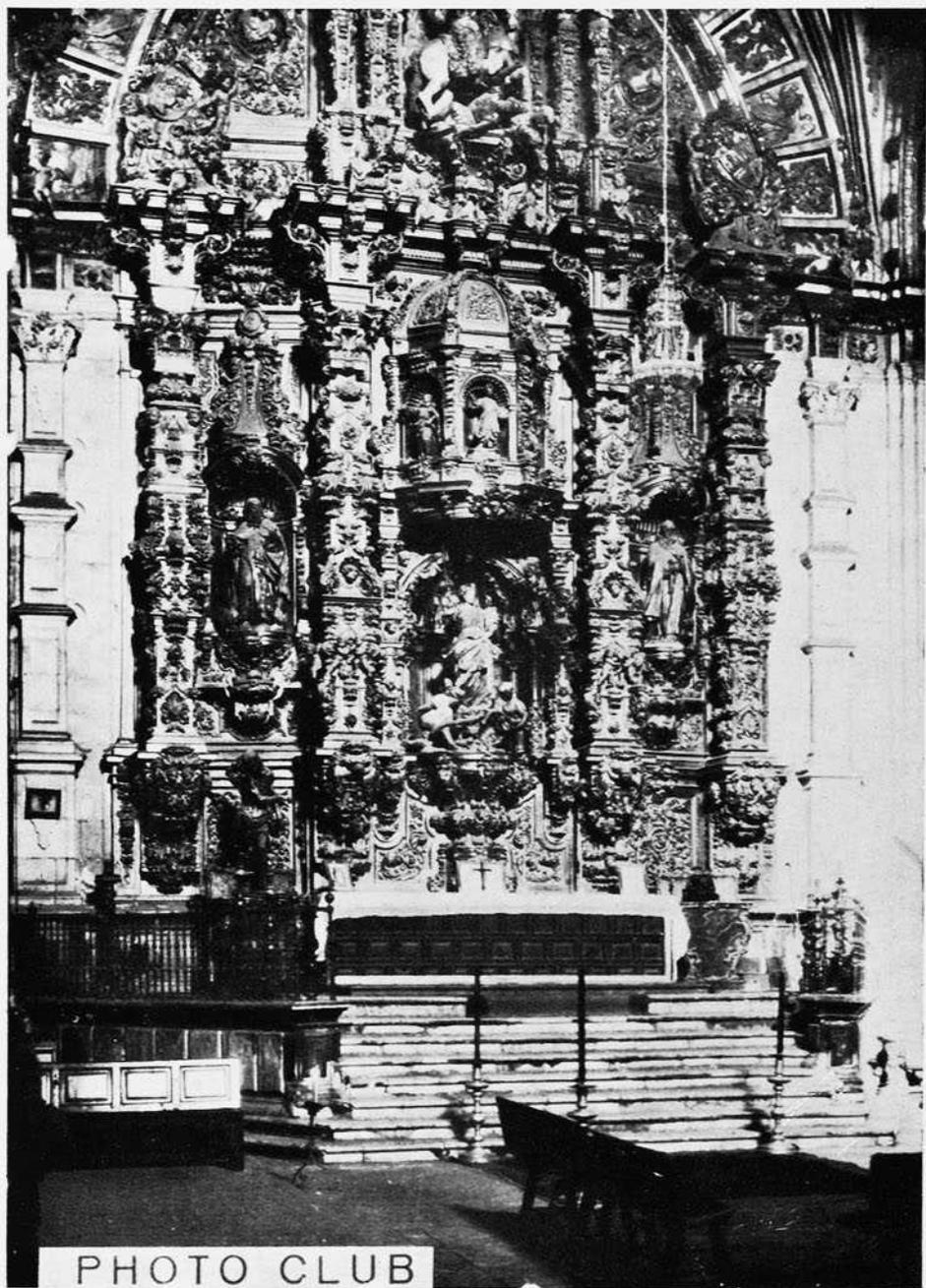
tiene la popular figura del Papa-Moscas, divisamos la capilla de Sta. Tecla. Cuatro grandes arcos ojivos, sostenidos por robustos machones comunican la capilla con la nave catedralicia por su lado del Evangelio, arcos que aparecen cerrados por otras tantas magníficas rejas de vástagos retorcidos y con restos de policromía de su época, cuyos coronamientos rematan, alternando, los escudos: el catedralicio con la simbólica azucena, y el del arzobispo Samaniego, cuartelado con las armas de los Samaniegos, Jacas y Zuazos, con timbre e insignia arzobispales.

Tan pronto como se acerca el visitante, puede apreciar la inusitada amplitud de la edificación, cuya planta mide 26 metros de longitud por 17 de anchura, y penetrando un poco más en su interior admira la grandiosidad de formas, la masa monumental y el efecto sorprendente tan cuidadosamente tratado, cual si ello fuera la aspiración suprema del arquitecto que la construyó. La edificación presenta un carácter de intenso dinamismo mediante las líneas movidas y rotas que producen salientes impostas y la general cornisa con sus cuatro elementos: pastón, friso, corona y arquitrabe.

Apoyándose en las recias pilastras mediante arcos de medio punto, se levanta a 17 ms. de altura la cubierta con amplísima bóveda que constituye hermosa crucería, y en el tansepto potente cúpula central de 10 ms. de diámetro sobre pechinas que tienen en su interior las figuras de los cuatro evangelistas, y cuya magnificencia y brillante ornato con movidos cuerpecitos de serafines, es el punto culminante de la decoración interior. Porque la decoración con la cual se pretendió enriquecer, animar y dar calor a las severas líneas de los muros es verdaderamente pomposa. La exuberante policromía del estuco, la saliente cornisa que recorre la parte alta del muro y circunda los pilares sirviendo todo de apoyo a mofletudos angelotes coronados de guirnaldas al par que sostienen canastillas de frutas, y lo mismo los elementos conchiformes que descansan en el vértice de los arcos, y los prodigados medallones en las enjutas con bustos de gran relieve, dan la sensación de grandiosa y solemne magnificencia.

El altar mayor, que se alza sobre presbiterio de 8 escalones, es de fantástica arquitectura. Entre cornisas y entablamentos de elegantes curvas aparece la estatuaria enmarcada con columnas en estípite y de entasis invertida, soportadas por ángeles de vigorosa musculatura, y todo ello de dorada ornamentación.

En la ornacina del centro está la titular, Sta. Tecla, bellísima imagen de madera, policromada, con ojos de cristal, formando parte del grupo que representa la movidísima escena del martirio, en la que secuaces de la mahomética perfidia aportan robustos troncos de leña para alimentar el fuego que amenaza consumir a la Santa. Recubre el tronco una marquesina en forma de polígono, que imita un templete y que tiene en su lado de frente al Niño Dios sostenien-



Capilla de Santa Tecla.—Retablo Principal



PHOTO CLUB

Capilla de Santa Tecla.—Pila Bautismal

do el Universo y en los extremos a San Ignacio de Loyola y a San Francisco Javier. Corona la banda central, entre dos medallones de San José, la airosa figura ecuestre de Santiago Matamoros, muy en consonancia con las tendencias churriguerescas, como recuerdo de la antigua parroquia de Santiago de la Fuente, que existió en el área de la actual capilla.

En las bandas laterales se ven, en el lado del Evangelio la figura de Sto. Domingo de la Calzada con la clásica gallina, devoción riojana que profesaría el fundador como buen lucroniense, y en el lado de la Epístola la estatua de San Antonio, Abad.

Completan el adorno del presbiterio elegante balaustrada y seis severos candelabros de bronce regalados a la Fábrica en 1621 por el arzobispo Acebedo, los que habían estado en la escalinata del altar de la nave mayor, hasta que fueron sustituidos por los blandones de plata que en 1757 hiciera el platero García Crespo.

Bajo los arcos apuntados que corresponden al lado del Evangelio en el sólido muro que sostiene el empuje de la calle de Fernán-González, se levantan cuatro altares, en recuerdo de las cuatro humildes capillas que antaño existieran. La primera tiene en el centro de su altar una pintura de San Joaquín, Santa Ana y Ntra. Señora, y en la parte superior un lienzo de Sta. Victoria, virgen y mártir. Sigue a esta capilla, en orden descendente, la de Sta. Lucía, con su imagen en el centro del altar al que remata la pintura de San Bernabé, apóstol. Viene a continuación el altar de Ntra. Sra. de Gracia, coronado con un lienzo que representa al Obispo San Liborio. El cuarto altar es el de Todos los Santos, que tiene en su parte superior una pintura de San Cosme y San Damián.

A los pies y bajo los óculos que alumbran la capilla por el Poniente, llama la atención la pila bautismal. De forma de taza apoyada sobre pie circular muestra ornada su superficie externa por una serie de arquillos casi ultrasemicirculares unos y apuntados otros, en cuyas enjutas resalta una flor pentafoliada a modo de pensamiento, y cuyo vano se estrecha por la parte inferior, siguiendo así el contorno de la taza. Lleva en los arcos apuntados rígidas efigies expresadas con la ingenuidad propia de la época, siglo XIII, apoyando las extremidades en un funículo que recorre la parte inferior, con el cual se cierra la decoración de tan interesante ejemplar. Acrece el mérito arqueológico de este objeto su importancia histórica; porque en esta pila fueron bautizados el Rey Don Pedro I de Castilla, a quien la historia no ha sabido si llamarle el Cruel o el Justiciero, y el célebre judío converso, que más tarde fué Obispo de Burgos, de gratísima recordación, con el nombre de Pablo de Santa María.

La pintura que completa el adorno del Baptisterio y que representa el bautismo de Jesús, fué retocada en 1745 por Gregorio Barambio.

En el pavimento, a los pies del presbiterio, se encuentra una cámara sepulcral o carnario (vulgarmente carnero), en la que fué sepultado primeramente (20 de Mayo de 1739) D. Lucas de Samaniego y Jaca, hermano del Arzobispo fundador. En la actualidad en ella se depositan provisionalmente los cadáveres de los prelados mientras se cumple el período de cinco años prescrito por las leyes de Sanidad y en espera de sepultura definitiva, habiendo recibido a este fin por primera vez (1840) los despojos mortales del Arzobispo Excelentísimo Sr. D. Ignacio Rives y Mayor.

II

CAPILLAS Y PARROQUIA ANTERIORES

Quien hoy admire la brillante capilla de Sta. Tecla, no podrá imaginarse con facilidad lo que fuera anteriormente esta parte de la Catedral burgalesa. En el ámbito que ocupa había antes cuatro distintas y una parroquia. Las capillas tenían su entrada desde el interior de la Catedral por cada uno de los cuatro arcos correspondientes a los actuales, más bajos que estos, cerrados entonces con sencillas verjas de hierro, y que miraban al trascoro.

La primera de estas capillas, cuyo título era Sta. Lucía, tenía su situación a la espalda de la capilla de Sta. Ana o de la Concepción, y es la misma que hoy corresponde al primer arco, extendiéndose longitudinalmente no más allá del medio del arco que hoy tiene la capilla actual. En ella, junto al altar estaba el sepulcro con estatua yacente de D. Alonso de Illescas, obispo primero de Zamora y luego de Burgos, que falleció en 1414.

La segunda capilla al lado de la precedente, en correspondencia con el segundo arco, era de análogas dimensiones, teniendo por título a Todos los Santos o Sto. Tomás. Fué conocida primeramente con el título único de Todos los Santos; mas el Obispo D. Pablo de Cartagena, por devoción a Sto. Tomás de Aquino añadióle este título cuando la eligió para su enterramiento, bien que más tarde dispusiera ser enterrado en el Convento de Dominicos de San Pablo. Seguía la tercera en el arco correlativo y tenía como titular a Sta. Victoria, venerándose también en ella a Ntra. Sra. de Gracia. La cuarta, en fin, ocupaba la anchura del último arco, y tenía la misma longitud que las demás. Su título era de Sta. Práxedes, aunque posteriormente no hubiera en ella altar ni imagen de la Santa, a la que se acostumbraba tributar culto en la inmediata capilla; en ella ya se vino conservando la actual pila de Bautismo.

Cada una de estas capillas se miraba distinta de las demás a beneficio de sencillísimas balaustradas de madera, barnizadas pobremente, que corrían paralelas de estribo a estribo de arco, y le-

vantando del suelo como estado y medio, a fin de no impedir la poca luz que por medio de un óvalo que caía hacia la Plaza de Santa María en el muro de la cuarta venía a todas ellas. La altura de la bóveda corría parejas con los demás elementos arquitectónicos de tan humilde fábrica, era lo más de tres estados, resultando por ello tan bajas y lóbregas las capillas que más parecían oportunas para depósito de objetos inútiles que lugar adecuado para los cultos litúrgicos de amplia catedral.

A la parroquia se entraba directamente desde la calle por el enlosado y frente a la fuente que antecedió a la actual (aunque no coincidiera exactamente con el sitio de ella), y por eso su título de Santiago tenía el aditamento popular *de la Fuente*. Era como de dos naves paralelas, la una arrimada a la calle de Fernán González (entonces calle Alta) y en parte debajo de ella, correspondiendo su frente al muro que hoy separa estas capillas con la de Sta. Ana, y en ella estaba el altar mayor. La otra nave corría en la misma longitud limitada en su lado derecho por el tabique o paredón que cerraba las cuatro capillas mencionadas. Dividiáanse ambas naves con pilares muy abultados, nada esbeltos ni airosos. Su entrada constaba de dos puertas, la una caía aproximadamente en lugar del óculo que está actualmente sobre la pila bautismal, y la otra correspondía con exactitud a la puerta del vestuario de Beneficiados. El ingreso a la parroquia, cuyo pavimento era un poco más alto que el enlosado exterior, se hacía por una subida de tres o cuatro escaleras.

No tenía esta parroquia más luz que la que recibía por las puertas y un ovalillo que estaba en la nave más inmediata a la catedral.

Tuvo su sacristía frente a las tres arcadas, que, hoy ciegas, constituyen el vestuario de Beneficiados, y soterrada bajo la calle recibía escasa luz, indirecta, por los arcos dichos, cuya superficie servía de cementerio. No estaban cerrados los dos primeros arcos, y solo el tercero tenía en parte protegido su vano con un muro que se alzaba como un estado desde el suelo de la plaza y que aún hoy es fácil apreciar.

Bajo el arco inmediato a la cuesta e Iglesia de San Nicolás había una subida estrecha y empinada, de innumerables escaleras, que ponía en comunicación directa esta zona con la Calle Alta, y del Azogue.

Sobre los dos primeros arcos no había edificación alguna; pero sobre el más inmediato a la entrada, coincidiendo en parte con la edificación que hoy ocupa la vivienda del Macero Mayor, estaba una dependencia pública que servía de Almotacenia o red para el peso y venta de pescado.

Desde el siglo XIII se vendió la carne y pescado en la plaza de Sta. María, al pie de la muralla que sostiene la calle de Fernán González, mas Alfonso el Sabio, procurando por el ornato de la Catedral, la alejó de aquel sitio el 11 de Noviembre de 1257: «mandamos e

otorgamos que la carnicería e pescadería que se solía hacer delante santyague que no se faga hi, que se faga por siempre jamás tras la torre de la fuente de yuso contra la parte de ocidente». Para poco valen los jamases de los hombres, pues al poco tiempo la pescadería tornó a los aledaños de la Catedral, donde estuvo establecida hasta el 1731.

Un poquito hacia la parroquia y en parte sobre ella había dos casas de sencilla construcción y mediana altura que llegaban hasta el costado del capitel. Más allá, pero también sobre el área de la capilla, había otra dependencia donde el Cabildo guardaba los granos de sus prebenda. y de algunas obras pías de las cuales era administrador. En esta zona, inmediata a la calle Alta, se levantaba sencilla espádaña con cuatro troneras, para sostener el modesto juego de campanas.

No es extraño, pues, que los contemporáneos de la obra, que recordaban estas sencillísimas construcciones y estado de lobreguez a que se habían ido reduciendo con el correr de los tiempos, quedaran gratamente sorprendidos ante la suntuosidad de la nueva fábrica, que con su estilo deslumbrante les hacía prorrumpir en hiperbólicas exclamaciones, hasta llamarla «la novena maravilla».

MANUEL AYALA LOPEZ.

(Continuará).